

¿Me reconoces, aire, tú que estás lleno aún de lugares que antaño fueron míos?

Rainer Maria Rilke

Dos años antes de morir en Portugal, su segunda patria, Antonio Tabucchi publica en Italia, su país natal, *Viaggi e altri viaggi*, el libro de sus viajes. A modo de archipiélago, Tabucchi reúne numerosos textos breves escritos en el transcurso de su vida. Mientras la mayoría apareció originalmente en diarios como *Corriere della Sera* y *La Repubblica*, o en revistas como *Grazia Casa*, algunos complementaron libros ajenos. Sin embargo, todos están reconstruidos, unos más a fondo que otros. Tan solo tres de ellos son inéditos.

Al repasar y reescribir hacia el final de sus días los viajes más memorables, Tabucchi expresa lo que viajar ha significado para él, presenta el tipo de viajero que ha sido y narra el modo en que ha emprendido distintos tipos de viaje. Por tanto, este libro es una muestra de cómo Tabucchi se ha relacionado con el mundo.

En las últimas páginas se despliega un mapa. Allí aparecen señaladas cada una de las ciudades que Tabucchi ha visitado y cuyo viaje ha narrado en su libro. Del norte al sur de América, sobre islas del Atlántico, alrededor del Mediterráneo, de Europa a Asia, hasta Oceanía. Es evidente entonces que la mirada de Tabucchi ha estado abierta al mundo. Al tiempo, su escritura revela sus raíces más profundas: las originarias, italianas, y las abrazadas, portuguesas.

De una parte, a Antonio Tabucchi se le ha estimado como uno de los grandes narradores de la literatura italiana contemporánea. El italiano es la lengua en la que escribió y la que, en consecuencia, está enriquecida con su legado. De otra parte, como un gran conocedor de la literatura portuguesa. El portugués es la lengua que enseñó y tradujo, de manera que Tabucchi sirvió de puente entre ambas culturas.

En Portugal realizó parte de sus estudios. Allí nació su esposa y colega, Maria José de Lancaster. Fue el país donde siguió viviendo por temporadas y donde

falleció. En el Cemitério dos Prazeres de Lisboa se conservan sus restos. Y fue una obra literaria la que atrajo a Tabucchi a Portugal, una que lo maravilló y a la que intensamente se dedicó: la de Fernando Pessoa.

Bernardo Soares, el semiheterónimo pessoano, comparte cierta afinidad con Antonio Tabucchi en la medida en que es también viajero, narrador de sus viajes. Aunque ambos difieren en el tipo de viajeros que son, sus formas de concebir el viaje tienen puntos de confluencia.

En su libro, Tabucchi visita La Brasileira do Chiado, un ilustre café literario de Lisboa. Como Fernando Pessoa lo frecuentaba, ahora hay allí una estatua de bronce en su honor, esculpida por Lagoa Henriques. En compañía de aquella figura, a la que describe como de rostro indescifrable y sonrisa irónica, sentado en postura desenvuelta que desentona con su personaje, Tabucchi disfruta de un excelente *espresso all'italiana*.

Recordando la vida de Pessoa y su constelación heteronímica, Tabucchi escribe sobre Soares: “Vivía en una de las buhardillas que se ven desde La Brasileira, modesto empleado de un almacén de tejidos, autor del *Libro del desasosiego*, un diario hecho de escritos impresionistas, de descripciones de Lisboa, de contemplaciones, de sueños, de viajes nunca hechos” (172).¹

Ciertamente, Bernardo Soares no es un viajero común. Carece de la motivación y de los medios. Lleva una vida humilde y solitaria que apenas se ha aventurado más allá del trayecto entre su casa y su oficina. No cultiva amistades ni amores, y sus ambiciones son mínimas. No le interesa mudar su situación de ser anodino entre la multitud ni la aparente monotonía de su rutina.

Cuando no trabaja, Soares se entrega a la escritura de sus fragmentos, sin más fin que el de escribirlos. Su actividad por excelencia es escribir. Sin acontecimientos ni personajes extraordinarios sobre los cuales narrar, se detiene en la contemplación de las cosas más cotidianas y hasta diminutas. De esta manera, a partir de la escritura sobre los detalles que atrapan su atención, logra crear una imagen única de la ciudad que habita, Lisboa.

Siendo Lisboa un puerto, capital de país de navegantes, Soares suele concentrarse también en la idea de islas, países y paisajes lejanos. Se trata de viajes que no emprende de manera física, pero cuya ensoñación escribe. Esa es su manera de realizarlos, descartando la otra: “Sé de sobra que hay islas en el sur y grandes pasiones cosmopolitas, y si tuviese el mundo en la mano, lo cambiaba, estoy seguro, por un billete para la Rua dos Douradores” (31).

El *Libro del desasosiego* renuncia abiertamente al viaje físico. De acuerdo con Soares, nunca salimos de nosotros mismos, sin importar a qué remotos destinos nos desplazemos. De ahí que quien cruzó todos los mares, cruzó tan solo su propia monotonía (153). Los viajes son entonces reflejo de los viajeros. En la medida en que “el mundo exterior es una realidad interior” (480), los paisajes se identifican con quienes los contemplan. Antonio Tabucchi concuerda con Bernardo Soares y así lo expresa al pensar en sus Azores:

Un lugar no es nunca solo “aquel” lugar: aquel lugar somos un poco también nosotros. De cierto modo, sin saberlo, lo llevábamos dentro y un día, de casualidad, llegamos a él. Llegamos el día correcto o el día equivocado, depende, pero esto no es responsabilidad del lugar, depende de nosotros. Depende de cómo leamos aquel lugar, de nuestra disponibilidad para acogerlo dentro de los ojos y dentro del ánimo, si estamos alegres o melancólicos... Cada lugar a donde llegamos en un viaje es una suerte de radiografía de nosotros mismos (183).

El *Libro del desasosiego* reivindica y, sobre todo, da cuenta en sus páginas de un incesante y profundo viaje interior. Bernardo Soares, al considerar que no es posible salir de los límites del propio ser, efectúa el movimiento contrario y se sumerge en sí mismo. Cultivando un espíritu contemplativo a través de la escritura, explora sus pensamientos y sensaciones “como grandes países desconocidos” (16). Escribir se corresponde con viajar, que es lo mismo que recorrerse: “Soy navegante por un desconocimiento de mí mismo” (129). Por tanto, para

Soares, la escritura es el viaje. El *Libro del desasosiego* es el testimonio de sus viajes.

El más auténtico viajero que Bernardo Soares conoció fue un muchacho que coleccionaba todo tipo de postales, folletos y mapas. En la relación que el joven mantenía con aquellos objetos, Soares reconoció su forma predilecta y adoptada de viajar. Hasta las cosas más sencillas son puertos en potencia. Una frase, una imagen, un sonido o un olor, como evocación, pueden transportar a remotos destinos. En el libro de Antonio Tabucchi abundan esas experiencias.

Tabucchi y Soares se presentan como viajeros distintos en cuanto uno ha recorrido las coordenadas del espacio y del tiempo, mientras que el otro ha restringido su movimiento y acción, abdicando de la aventura propiamente física. Ambos, no obstante, son viajeros genuinos en su modo de relacionarse con el mundo, en la intensidad de su sensibilidad.

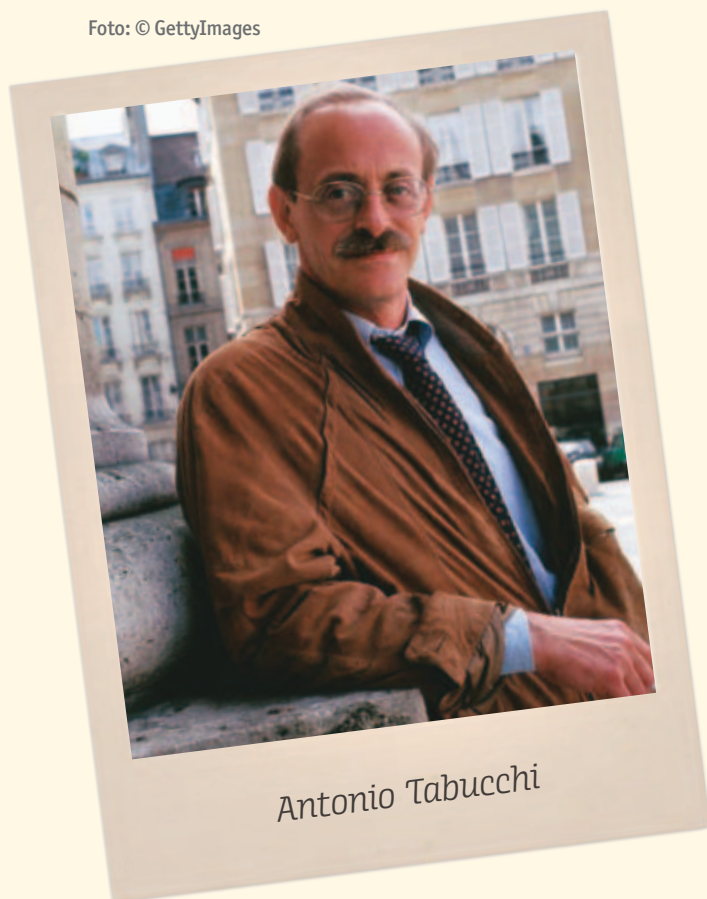
Una frase impulsa a Tabucchi hacia Capadocia, en Turquía, aquella que la describe como un cruce entre el Gran Cañón y la Capilla Sixtina. El *Peine del Viento* del escultor Eduardo Chillida hace

que Tabucchi se pierda en la contemplación del Atlántico, y lo desafía a “mirar” el viento y a pensar en que tal vez este tenga su propia geometría (56). Una película, *Mon oncle Antoine*, que Tabucchi considera una obra maestra de Claude Jutra, lo incita a visitar Canadá y lo lleva a conocer a los *Bois-Brûlés*, en una de cuyas magníficas cabañas de troncos de abeto pasa un invierno escribiendo. En Washington se detiene a observar largamente la belleza de la Union Station, reflexionando sobre el alcance del concepto de *no-lugar* de Marc Augé, que alude a todos esos sitios que transitamos a diario, pero donde no permanecemos, “una suerte de limbos urbanos” (88). Allí también descubre la escultura de Albert Einstein, al lado de la cual se sienta a descansar, mientras come un *panino*, perplejo con la genialidad y, a la vez, afabilidad que transmite su personaje. En los montes de Creta profundiza en la riqueza botánica y en la magia de los riachuelos. En México se demora en el descubrimiento de los numerosos chiles, y se asombra con sus colores, sabores y nombres. En Kyôto, Japón, se maravilla con la delicadeza de la caligrafía, del otoño, del silencio grabado en la tumba de Tanizaki. En Brasil, el interior resplandeciente de polvo de oro en las iglesias barrocas de Ouro Preto lo hacen meditar sobre la esclavitud. Acompañado de la voz de Paolo Conte cantando *Genova per noi*, “más ronca de lo usual, con una extraña fisura, como el sonido de un vidrio agrietado” (111), transita por la ciudad ligur, inundado de *macaia*, una condición atmosférica del golfo de Génova y, por extensión, una especie de melancolía.

Entre Antonio Tabucchi y Bernardo Soares, un punto de confluencia es que los dos conciben el viaje, ante todo, como experiencia interior, exploración de las sensaciones, descubrimiento —no dispersión— de ellos mismos y revelación a partir de lo desconocido, que puede surgir en cualquier momento y lugar y desde las cosas más sencillas. Además, Tabucchi y Soares confluyen en asumir la escritura como viaje, a saber, en que la escritura es para ellos el viaje propiamente. Sus viajes no ocurren antes y luego se narran: acontecen al escribirse.

En el *Libro del desasosiego*, Bernardo Soares viaja a través de la amplia gama de sus sensaciones —que tienden todas al desasosiego, que

Foto: © GettyImages



Antonio Tabucchi

todas son sus matices— escribiéndolas. Sin embargo, el núcleo de su libro no es el viaje, es el desasosiego y lo que este representa para la existencia. En otras palabras, la existencia vivida desde el desasosiego.

En el libro de Tabucchi, los viajes también suceden en la escritura. A la pregunta sobre qué tipo de viajero es, Tabucchi sostiene: “Un viajero que no ha hecho nunca viajes para escribir sobre ellos, cosa que siempre me ha parecido estúpida. Sería como si uno quisiera enamorarse para poder escribir un libro sobre el amor” (17). Ahora bien, su libro corresponde a la existencia vivida desde el viaje.

Tabucchi escribe entonces no sobre el viaje; escribe el viaje, escribe para viajar. Impulsado por una intuición, por un recuerdo, por algo que lo toca, escribe como siguiendo un hilo. Ese propelente irrumpe en cualquier momento y lugar. El viaje más verdadero no se restringe al entretenimiento o al pasatiempo: es un encuentro con lo desconocido, “es otra forma de conocimiento” (14). Al respecto, Tabucchi se pregunta, como si le hiciera un guiño a Soares: “Y lo ignoto, el verdadero ignoto, ¿dónde lo encontraremos, tomando un avión que va lejos o en el fondo de aquel pozo de inmovilidad en un día transcurrido pensando, sin moverse de casa, mirando un muro sin verlo? Pues lo ignoto nos espía siempre, y se presenta a la primera ocasión” (18).

La maravilla es para Tabucchi el mejor don del viajero. De ahí que le guste leer el viaje en el rostro de quienes viajan (19). En sus expresiones, intenta descifrar lo que el viaje significa para ellos, si acaso están realizando un verdadero viaje, tal como él lo entiende: si hay maravilla, alegría o tal vez cansancio, malestar. Ciertos viajeros, sin embargo, indiferentes y abúlicos, en cuyos rostros no observa nada escrito, lo incitan a pensar en que en ellos no se ha efectuado ninguna transformación ni se ha producido ningún asombro.

La mediocridad del viaje, según Tabucchi, también puede ser causada por el afán. Habiendo tanto por conocer en tan poco tiempo, muchos turistas pasan de un lugar a otro, en una visita relámpago, luego de tomarse la foto ritual. Por tanto, el viaje para Tabucchi, como para Soares, es de otro orden, uno que no suele coincidir con el



*Monumento de Pessoa en el
Café La Brasileira do Chiado*

Foto: Wikimedia Commons

turismo corriente, el comercial. En efecto, el viaje más tedioso y angustiante que Tabucchi emprende es, por equívoco, a un resort en Cancún.

Tabucchi se detiene, se demora, se deja perder en sus trayectos, lo que propicia hallazgos: de paisajes a acogedoras fondas, hasta verdaderos tesoros culturales. En Pisa, aparte de admirar la célebre torre, se desvía por una callejuela y encuentra un lugar donde Giacomo Leopardi vivió durante un año, estaba que lo hiciera renacer emocionalmente. En París, contempla las obras llamadas menores de Eugène Delacroix en su casa-museo, donde descubre muchas de sus páginas manuscritas que hacen que considere al pintor también como un escritor de talento. Por tanto, Tabucchi como viajero va más allá de las guías turísticas y no se somete a su tiranía. Su actitud de viaje es una actitud ante la vida: viajamos como vivimos.

A este respecto, el libro revela cómo Tabucchi asume la vida desde la condición de transeúnte, una experiencia de aquel “¡viajar, perder países!” pessoano. Tabucchi, por ejemplo, considera sus viajes como un “privilegio, porque posar los pies sobre el mismo suelo por toda la vida puede

provocar un peligroso equívoco, hacernos creer que aquella tierra nos pertenece, como si ella no fuera en préstamo” (10).

Como transeúnte, apenas se puede mirar, maravillarse y quizás dejar un breve rastro. En el muelle de Horta, en sus amadas Azores, Tabucchi destaca los murales pintados por los marineros. Para él, su verdadero significado no es el de cada dibujo, que puede ser incomprensible, sino el de ser una huella dejada por viajeros en su camino, un testimonio de existencia en su paso por la tierra y el océano.

Esta actitud se basa, ante todo, en la humildad. En su libro, se produce siempre por una emoción estética, por un encuentro contundente con la belleza. Por ejemplo, la que siente en el museo al aire abierto Chillida-Leku: “Donde la naturaleza y el arte se combinan [...] en aquel lugar las figuras humanas empuqueñecen, el espacio se agiganta, las proporciones cambian, y cambia en nosotros la idea absurda de ser los dueños de esta Tierra” (55).

Ahora bien, esa emoción estética es vivida por Tabucchi, sobre todo, a través de la literatura. En sus viajes, la literatura suele ser su guía, la que señala la ruta: Julio Cortázar en el Jardín des Plantes, Paul Valéry en Sète, Bernardo Atxaga en el País Vasco, Mercè Rodoreda en Barcelona, Robert Walser en Suiza, Naguib Mahfuz en Egipto, Jun'ichiro Tanizaki en Japón, João Guimarães Rosa en Brasil, los escritores europeos que escribieron sobre India, Fernando Pessoa y Eça de Queiroz en Portugal. Asimismo, hay viajes exclusivamente literarios. Por ejemplo, el recorrido que hace por Buenos Aires a través de la obra de Jorge Luis Borges. Entrañables son sus conversaciones con Carlos Drummond de Andrade. Sophia de Mello Breyner Andresen le revela nuevos sentidos de Grecia y Portugal. Gracias a Luciana Stegagno Picchio viaja por la literatura brasileña. Versos de Wisława Szymborska irrumpen en su memoria cuando visita Kyōto y, especialmente, al observar su viejo atlas: en efecto, cambia la representación del mundo que se hace de él, pero no “el curso de los ríos, la altura de los montes y la línea de las costas” (24).

Ser transeúnte es ser consciente de que el paso por el mundo es limitado. Ciertamente, no hay un solo tipo de viaje. De ahí el título del libro, *Viajes y otros viajes*. En todo caso, para Tabucchi,

el mundo es bello “porque es grande y diverso, y es imposible conocerlo todo” (14).

De viaje por el norte de Rumania, Antonio Tabucchi visita la remota región de Maramureș. En su pueblo, Săpânța, descubre uno de los cementerios más alegres que ha visto en su vida. Coloridas tumbas con cruces de madera ilustran y cuentan la vida de los difuntos. Tabucchi percibe en ellas, más allá del sentido del humor que las caracteriza, una melancolía común basada en el deseo de haber podido llevar vidas diferentes, en la pena de que la vida sea una sola.

Sin embargo, a la pregunta de si la escritura es otro modo de viajar, Tabucchi afirma: “La literatura —ha dicho un poeta— es la demostración de que la vida no basta (14). [...] Escribiendo uno imagina ser otro y vivir otra vida. Y estar en otro lugar. La escritura es un viaje fuera del tiempo y del espacio” (15).

Reescribiendo, Tabucchi vuelve a aquellos lugares, físicos o literarios, que lo han marcado. Los que ha amado, pero también los que lo han fascinado e incluso aburrido. Después de visitarlos, de recorrerlos, de verlos en perspectiva, planeando sobre ellos sin prisa, aspirándoles hondamente el aire que alguna vez, durante años, días o solo por unos instantes, le perteneció, concluye: “Pero tal vez faltan los viajes más extraordinarios. Son aquellos que nunca he hecho, aquellos que no podré hacer jamás. Quedan sin escribir, o cerrados en su secreto alfabeto bajo los párpados, en la noche. Luego llega el sueño, y se zarpa” (10). ■

Julia Escobar Villegas (Colombia)

Graduada en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesora de español y estudiante de posgrado del Departamento de Literatura y Lenguas Romances de la Universidad de Cincinnati, en Estados Unidos.

Referencias

Tabucchi, Antonio (2010). *Viaggi e altriviaggi*. Feltrinelli.
— (2012). *Viajes y otros viajes*. Anagrama.
Pessoa, Fernando (2002). *Libro del desasosiego*. Acentilado.

Notas

¹ En este artículo, traduzco del original en italiano; las citas corresponden a esa edición. Sin embargo, la Editorial Anagrama ha publicado la obra de Antonio Tabucchi en español.